Las uvas de la ira
(Capítulo XXI)
John Steinbeck
(1902-1968)

Los que habían salido de sus tierras, los que andaban buscando trabajo, ahora eran emigrantes. Aquellas familias que habían vivido y muerto en cuarenta acres, que habían comido o sufrido hambre con el producto de cuarenta acres, tenían

hambre misma los transformaron. Los niños sin pan los transformaron, la eterna mudanza de un sitio a otro los transformó, los soldó unos a otros, los unió…, esa hostilidad que se manifestaba en los pueblos en que los ciudadanos se agrupaban y armaban como para repeler a un invasor…, escuadrones con mangos de azadas, empleados y pequeños comerciantes con rifles guardando el mundo contra su propia gente.

En el Oeste creció el pánico cuando los emigrantes se multiplicaron en las carreteras. Los propietarios tuvieron miedo por sus propiedades. Hombres que nunca habían sentido hambre, conocieron las miradas de los hambrientos. Hombres que nunca habían sentido ansias por nada, vieron en los ojos de los emigrantes la llamarada de la necesidad. Y los hombres de los pueblos y de los campos suburbanos se

Los hombres armados no poseían la tierra, pero por el momento lo olvidaban. Y los empleados que por las noches hacían ejercicios militares no poseían nada, y los pequeños comerciantes sólo un montón de facturas impagadas. Pero incluso una deuda es algo, un empleo es algo. El empleado pensaba: "Gano quince dólares a la semana. ¿Y si uno de esos malditos *okies* se contentara con doce?" Y el comerciante:

"¿Cómo puedo competir con un hombre que no tiene deudas?".

Los comerciantes bullían en los caminos, y en sus ojos se retrataba su hambre, y sus privaciones estaban marcadas en sus ojos. No tenían argumentos ni sistemas, nada, sino un número y sus necesidades. Cuando había trabajo para un hombre, diez hombres luchaban por conseguirlo…, y su arma era ofrecer sus servicios por menos dinero.

estuvieron maduros, hizo bajar el precio de la fruta a menos del costo de cultivo. Y, en su calidad de dueño de una fábrica de conservas, se pagó a sí mismo un bajo precio por la fruta y mantuvo el precio de las conservas y así obtuvo la utilidad. Y los pequeños agricultores que no tenían fábricas de conservas perdieron sus granjas, que fueron absorbidas por los grandes propietarios, por los bancos y por las compa-

ñías que poseían también grandes fábricas de conservas. Al pasar el tiempo, hubo menos granjas. Los pequeños agricultores se trasladaron al principio a los pueblos hasta que agotaron su crédito, la ayuda de sus amigos y de sus parientes. Y entonces ellos también salieron a las carreteras. Los caminos se poblaron de hombres codiciosos por un trabajo, capaces de asesinar por conseguir trabajo.

Impreso en Bogotá

ahora todo el Oeste para vagar. Y andaban escabulléndose, buscando trabajo; y las carreteras fueron corrientes de seres errantes, y las márgenes de los caminos hileras de tiendas y chozas. Detrás de ellos iban llegando más. En el territorio central y del Sudeste había vivido una clase agraria que no había cambiado de sistema al compás de los adelantos industriales, que no había cultivado sus tierras con máquinas y que no cono-

en jornales se gastó en gases venenosos, armas, agentes y espías, en listas negras, en instrucción militar. En las carreteras los seres errantes se arrastraban como hormigas en busca de trabajo, de pan. Y la ira comenzó a fermentar.

"Si ese hombre quiere treinta centavos, yo trabajaré por veinticinco."

"Si él pide veinticinco, yo lo haré por veinte."

"No; yo; yo tengo hambre. Trabajaré por quince centavos. Por la comida. Los niños. Debería usted verlos. Les han salido unos forúnculos; no tienen ánimos ni para jugar. Les di una fruta que encontré tirada por el suelo, y se hincharon. Yo trabajaré por un pedazo de carne.

a la defensa dijo: "Traen enfermedades, son malolientes. No podemos aceptarlos en las escuelas. Son de otra casta".

Y los moradores de los pueblos se esforzaron por convencerse de lo necesario de su crueldad. Entonces formaron agrupaciones, cuadrillas, y las armaron… Las armaron con garrotes; con gases, con armas de fuego. "El país es nuestro. No podemos consentir que estos *okies* nos lo arrebaten."

unieron para defenderse; y se tranquilizaron con el pensamiento de que ellos eran buenos y los invasores eran malos. Dijeron: "Estos malditos *okies* son sucios e ignorantes. Son degenerados, maníacos. Estos malditos *okies* son ladrones. Lo robarán todo. No tienen sentido del derecho de propiedad."

Y esto último era cierto, porque, ¿cómo un hombre desposeído puede sentir el dolor de poseer? Y aquella gente que se aprestaba

Y esto era conveniente, porque bajaban los salarios y se mantenía el precio. Los grandes propietarios estaban contentos y repartían más prospectos para atraer más gente. Los salarios bajaban y los precios se mantenían al mismo nivel.

Entonces los grandes propietarios y compañías inventaron un nuevo método. Un gran propietario compró una fábrica de conservas. Y cuando los duraznos y las peras

Y las compañías y los bancos fueron labrando su propia ruina, aunque sin darse cuenta. Los campos eran fértiles, y por los caminos marchaban hombres hambrientos. Los graneros estaban llenos, y los hijos de los pobres crecían raquíticos, y en sus cuerpos se hinchaban las pústulas de la pelagra. Las grandes compañías ignoraban que es muy delgada la línea que separa al hambre y a la ira. Y el dinero que pudo haberse pagado

cía su fuerza ni el peligro que representaba en otras manos. No habían comprendido las paradojas de la industria. Sus sentidos podían advertir todavía lo ridículo de la vida industrial.

Y entonces, de improviso, las máquinas los desalojaron y los lanzaron a hormiguear por los caminos. El movimiento los transformó; las carreteras, los campamentos a lo largo de los caminos, el miedo del hambre y el